

1. VÁMONOS

Nunca antes estuvo tan cerca del suicidio como en algunos momentos de aquella noche. Al final, y no sabiendo muy bien por qué, si por falta de fuerzas o por un repentino e inusitado apego a la vida, había salido a la calle. Su pasos errantes, diríase impremeditadamente, lo fueron llevando hasta los arrabales de aquella ciudad sin nombre. Cuando dejó de ver anuncios de la coca cola asesina, y después del último ladrillo sobre ladrillo, supo que estaba *más allá* y se sentó en una piedra y lloró. Nadie puede decir cuánto tiempo pasó así, de igual modo que nadie puede oír el sonido del árbol que cae en mitad de un bosque hecho desierto. Mientras iba regresando al centro, empezó a caer una lluvia fina que dotó a las calles de una irrealidad de la que él íntimamente gozaba. La lluvia, que calaba ya su ropa, se filtraba a través de los faros de los taxis y delante de los semáforos, multiplicando las dimensiones de aquel infra-realismo urbanita y un tanto mágico. Pensó en quiénes irían dentro de los taxis, pensó en mujeres de mediana edad mullidas en sus asientos, en los turistas que venían buscando el rastro a estiércol del último bandolero. Él ni siquiera recordaba desde cuándo no tenía paraguas.

Sus pasos, un piloto automático situado más allá de la conciencia, una sonda marina que sin mucho tino buscara peces abisales, le habían llevado ahora a la puerta de aquel bar. La lluvia había cesado, y la ciudad sin nombre yacía como el alma empapada que había sido siempre, de sus canalones brotando agua. Pensó en entrar, en ver a Thais una noche más, pero se quedó unos momentos en las escaleras vecinas, rodeado de falsos punks y falsos hippies y de sus perros con sarna, liándose un cigarrillo y fumando con calma, la vista perdida entre los neumáticos de los coches cercanos. Entonces la vio. Algún tiempo después, bajo la sonrisa revenida, condescendiente, del inspector Chicharro Chamorro, con la boca partida en dos, seguiría sin poder responder — responderse — a la pregunta de por qué la había seguido. Un impulso, una ilusión, una última esperanza. La asaltó cuando ella entraba ya en el bar, la mano delgada sobre el pomo de la puerta. *¿Tú qué?*, brotó casi como un vómito de sus labios. Ella, cortada un tanto, no dijo nada en un principio, intentando tal vez recordar un encontronazo en los pasillos de la facultad, unos frugales besos en la Who o donde fuese que en realidad nunca se habían producido. Después dijo: *¿Y tú qué?* Y en aquel momento, y sin que en puridad hubiese pasado nada, algo verdadero — y *nuevo* — se desplomó en su interior. Y aunque disimulaba bien, a ningún pajarraco de la noche, a ningún correligionario noctánfilo, se le hubiese escapado que la siguiente frase que dijo, contenida en una única palabra, era un farol y un arañazo a la noche. *Vámonos*. Ni siquiera lo pronunciaba exactamente él, sino el fantasma que lo habitaba. *Vámonos*. Y fue la primera vez a lo largo de aquella noche y aquella mañana que entre ambos se planteó la huida, la

huida, la huida. La huida fuera del ambiente de aquel bar repetitivo y cansino y fuera de la faz de la tierra. Fuera de la fábrica, de la escuela, de los McDonalds repetidos en cada esquina. Recuerda que hicieron el amor por las callejuelas cercanas, apresuradamente, sin tacto ni tino, y después recuerda una bella plaza desierta donde durmieron un rato y él descansó por primera vez en varias semanas. Con el sol ya arriba, recuerda otro paisaje de las afueras, un descampado cualquiera, unos electrodomésticos desvencijados por ahí, el sonido atronador y malo, efímeramente absoluto, de una rave al fondo, los coches en silencio aparente por una autovía cercana, el olor transgresor y delicado, mitad química mitad breve sutileza, del porro de bellota que fumaban, las lascas burbujeando bajo el mechero y el humo haciendo cabriolas entre los dedos de ella. Él ya siempre recordaría su determinación y su firmeza. *Vámonos*. Pero sobre todo recordaría en sus ojos la necesidad de ser comprendida, atendida en lo que parecía ser ya una súplica. *Vámonos*. Aquella misma tarde, una tarde de calor, después de desayunar tardíamente en un bar del barrio, no se sabe si haciendo dedo, en tren o en autobús, abandonaron la ciudad y durante algún tiempo, no mucho, fue como si la tierra se los hubiese tragado.

Durante los siguientes días viajaron y viajaron sin rumbo, adentrándose en el terruño, rehuyendo sin pensarlo las ciudades y los grandes pueblos, las playas y demás. Su viaje hacia delante era la contrario a una peregrinación, pues — aun dolientes — no tenían una meta definida, un mar al que ir a desembocar definitivamente. Tal vez supieran ya que no quedan Ítacas. En un amanecer

de niebla, que casi diríase pareció querer ocultarlos, recalaron tras varios kilómetros de carretera secundaria en un decadente hotelillo de segunda que sin embargo a ellos les pareció perfecto. Pasaron entonces diez días de pronto, dos semanas a lo sumo, que se les derritieron entre las manos, haciendo el amor, comiendo sobre la cama cualquier cosa, apurando los cigarrillos y viendo la televisión que se perpetuaba en las madrugadas, bajita, repitiendo los telediaros de la Uno. O tal vez escuchando Radia Clásica, que lanzaba, tal cual un acompañante licencioso pero amable, destellos de tranquilidad y trascendencia a través de las ondas, haciendo flotar —en las dimensiones de aquella existencia total que era su cuarto y su cama y nada más— las almas de multitud de calmos difuntos. Ella le habló de un reciente y tumultuoso pasado, pasado evidentemente nocturno y alevoso, en el que había conocido el exceso de la cocaína y del tonto y la depravación, la prostitución *kitsch* horterera en un principio, su evolutiva escalada social en el gremio ancestral que la había elevado desde los nuevos ricos de campo y los arruinados presidentes de equipos de fútbol de provincias a situaciones, ambientes, cetros, altares, bolsillos y perfumes de otro y superior rango. Le habló del miedo que sentía ante algunas verdades interpuestas entre su tranquilidad y ella misma, verdades escuchadas por ahí, secretos de alcoba que quizás solamente ella conocía y que pesaban. La huida, después de consumada, empezaba a cobrar sentido.

Uno de los días en los que él fue al bar de abajo, encontrándose comprando los necesarios cigarrillos, sintió una extraña sensación en la boca del estómago, un golpe súbito de certeza final. Le supo a sangre la boca.

Al salir a los aparcamientos, una ráfaga de muerte, un olor acre y solemne a la vez, no lo había cogido, ya, de improviso. Anduvo unos metros y apartó maquinalmente a un grupo de personas, bultos de colores que le impedían justamente ver lo que estaba detrás. La vio tendida y rota sobre el asfalto, las piernas cerradas hasta las rodillas, abiertas después, el camisón subido.

Al final de la escapada, alguien la había arrojado desde la ventana.

Llovía. Siempre llueve en las historias tristes.

